

El “Damasco” de un gran maestro
A propósito del encuentro de don Jesús con San Josemaría

Antonio Ariza Soler. Sevilla

Biografías y semblanzas veraces son una realidad saludable teniendo en cuenta el profundo parentesco que existe entre los humanos, pero son géneros que reclaman especial humildad en la pluma de sus autores. El misterio del alma humana, inseparable de la biografía personal, es sin duda patrimonio exclusivo de Dios. Me permito esta consideración inicial para dejar claro que lo que yo escriba sobre don Jesús no irá más allá de una humilde aproximación a quien con tanto cariño y fundamento tantos denominábamos “el profe”.

Me considero alumno suyo “no oficial” pero aplicado, ya que fueron muy numerosas nuestras conversaciones y paseos a lo largo de sus últimos años, así como ratos de tertulia con abundante o reducido público. Yo acudía en demanda de consejo sobre las cuestiones más variadas y, como es sabido por todos los que le han tratado, el “profe” se expansionaba en sus respuestas... En cuanto a las tertulias, en Sevilla y Pozoalbero sobre todo, era claro que a esas alturas de su vida su evidente pudor no le impedía hacer confidencias que enriquecieran a los universitarios que nos acompañaban.

A partir de estas fuentes tan peripatéticas, lo que de modo inmediato me viene a la mente es que don Jesús me resulta inexplicable sin esa filigrana de trezado entre lo humano y lo divino, que se fue gestando en su hogar familiar, para aflorar a la vida consciente de modo claro y rotundo, a raíz de su encuentro con el *Opus Dei* en la persona de su Fundador, San Josemaría.

Me aventuro a decir acudiendo a una imagen que, si el *Opus Dei* era el tronco del árbol de la existencia de don Jesús, la raíz fue su familia de sangre y su patria chica, Corella. A sus padres siempre los tuvo presentes, al igual que a sus herma-

nos con una sintonía especial con su hermana numeraria del *Opus Dei*. Esos recuerdos familiares fueron luz creciente e indispensable para su autocomprensión, aunque su luz más rotunda, ya en su madurez temprana, fue el mismo Dios y sus designios de amor plasmados en la vocación al *Opus Dei* de don Jesús.

Respecto a Corella, debo decir que solo un día pisé su suelo. Fue con motivo del fallecimiento del padre de don Jesús; sin embargo, Corella ya es parte de mi biografía. Escuchándole, he visitado su casa y hermanos, la parroquia, fincas y huertas familiares, el colegio en el que estudió de chico y su biblioteca; incluso diría que he oído los acordes de órgano tocado con sus dedos infantiles. También he visto a don Jesús niño asimilando las virtudes de Navarra, desarrollando un gran corazón, pudoroso y velado por la indispensable reciedumbre e incontestable laboriosidad de la casa paterna. Y toda esa calidad humana sencilla y auténtica de la familia de don Jesús, siempre impregnada del sentido cristiano de la vida.

Fue Corella y después fue Olite, y ya...situó a don Jesús en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Los duros años de la guerra, como a tantos, también a él le marcaron de modo indeleble con la necesidad de llenar su vida de verdaderos ideales para evitar desastres tan tremendos como posibles. Y a esas alturas de su biografía en el alma de don Jesús estaba todo dispuesto para el gran encuentro ya mencionado: fue en el *Hotel Universo y cuatro naciones* de Zaragoza y en el año 1939; allí y entonces don Jesús conoció a San Josemaría. A todas luces, allí y entonces tuvo lugar su *Damasco*.

¿Encuentro con San Josemaría? Sin duda, pero en realidad encuentro con el Señor que, de labios del Fundador del *Opus Dei*, le desveló el sentido profundo del antes y después de su vida. Los horizontes del sentido divino de su andar terreno percibidos en aquel encuentro, fueron el norte de sus pasos, pues era grande el gozo con el que, en más de una ocasión y delante de un nutrido grupo de universitarios, recordó aquella “sorpresa divina” para afirmar que “así es Jesu-

cristo”, y que aquel panorama desvelado por San Josemaría, lo había visto confirmado en el transcurso de los años como la realidad más tangible.

Es sabido que San Josemaría “vio” el *Opus Dei* en momentos y lugar bien precisos del 2 de octubre de 1928, y que de esa Luz fundacional fue haciendo partícipes, al paso de Dios y con heroísmo patente, a tantas y a tantos, entre ellos a don Jesús. En su caso esa Luz se encarnó en una mente de filósofo de raza, en un corazón de músico y poeta, en una voluntad recia y en un temperamento fogoso y entrañable, incapaz de concebir al ser humano ajeno a la realidad familiar. Me viene a la mente en estos momentos su pequeño pero encantador ensayo *Los reyes magos son verdad*; quien lea esas páginas podrá corroborar cómo para nuestro querido maestro, aquella “estrella divina” que conducía hacia el hontanar de toda luz en Belén, se hace presente en la vida de todo hombre y, si no es rechazada, posee potencia sobrada para iluminar su existencia terrena y barruntar la eterna. Quizá ninguna imagen más apropiada que la “estrella” de los Reyes Magos, para expresar el significado de la luz que iluminó la vida de don Jesús a raíz de su *Damasco zaragozano*.

Aquella luz aparecida en un hotel aragonés llenó de significado lo vivido previamente y se proyectó hacia el resto de su itinerario vital, dotándole de una creatividad y densidad poco común. A modo de ilustración diría que es cierto que la obra escrita de don Jesús fue surgiendo a raíz de necesidades o urgencias puntuales y no nos ha dejado, al menos antes de su muerte, una obra escrita estructurada sino diseminada en valiosos artículos, aparte de sus poemarios. Sin embargo, es innegable el inmenso valor de *vida* filosófica que don Jesús nos ha regalado. Y aquí ya entro de lleno en el rasgo, a mi entender más característico de don Jesús, confirmación segura de que era divina la luz que se encendió en su alma en el hotel *Universo y cuatro naciones* de Zaragoza en 1939.

Don Jesús, por su raigambre navarra y profundamente cristiana y por su formación humanística, había intuido desde joven lo que significaba para el hombre ser hijo y hermano y la propensión implícita a esta circunstancia: ser padre como

meta principal de la vida y, como es obvio o no hablaríamos de paternidad humana, engendrar vida espiritual. Dicho lacónicamente: en su natural bien formado latía una fuerte tendencia a descubrir el “tú” como preciosa síntesis del cosmos, y aprender a darle vida viviendo para él. Pero después de su *Damasco zaragozano*, esa intuición, adquirió profundidad y belleza en un *crescendo* incesante. El don Jesús que hemos conocido, el don Jesús más real, se *construyó* a partir de entonces aprendiendo a conjugar un amor de benevolencia que haría de él ante todo un *padre*: su magisterio, su obra, sería y fue la de un padre que se gasta y desgasta feliz por sus hijos e hijas.

A este respecto recuerdo como, cierto día, en una de esas tertulias con pocas personas y tratando sobre la desestructuración de las relaciones humanas, comenzó a hablar del sacerdocio ministerial y común, no sin sorpresa al menos por mi parte. Fue en esa ocasión cuando pudimos escuchar con cierto pormenor su pensamiento sobre la experiencia amorosa como fuente de conocimiento. Era patente que quien hablaba no exponía una teoría, sino cosa vivida en experiencias incontables con sus alumnos, con sus amigos, empezando por personas del *Opus Dei* que le abrían su alma o exponían sus cuitas familiares o profesionales a la espera de su consejo.

Por estos derroteros su vida se fue fundiendo con la de los demás, manifestando y acrecentando la noción de familia sobrenatural de *vínculos más fuertes que los de la sangre*, con expresión de San Josemaría. Esta realidad, tan característica de la Obra, le impedía vivir en todo lo que oliera a coto cerrado y le agrandaba el corazón, hasta el punto de que sus proyectos en verdad eran los proyectos de sus amigos, al igual que sus trabajos. No pocos le oímos emplear una expresión que refleja con plasticidad esta actitud: él solo quería ser *punta de flecha*, abrir camino a los que vinieran detrás. Es sabido que habría querido plasmar lo sustancial de su pensamiento en una cuidada publicación, pero somos muchos los que pensamos que muy probablemente comprendía que quizá Dios tuviera prevista otra cosa; que quizá hubiera de conformarse en esta vida terrena con lo sembrado en

los corazones, con lo escrito en las almas. Ésta más que plausible convicción también hablaba de su grandeza de espíritu y de su amor a la *verdad del hombre* que, para él —y como en realidad es— era inseparable de la *verdad de Dios*. Dios y el hombre, el “tú” divino y humano, los ideales eternos y universales ceñidos a la persona concreta y cercana: quizá fueran estas las coordinadas profundas de la vida de nuestro querido don Jesús, inseparables de su *pasión* por la verdad.

En este amor ardiente a la verdad encuentro el segundo y último rasgo que quería resaltar en este esbozo de la personalidad de don Jesús. Amor a la verdad de la condición humana, de su historia y pensamiento que, también a raíz del *Damasco zaragozano*, terminaría fundiéndose con el amor a la verdad de Dios. Me siento incapaz de expresar esta pasión por la verdad y por su difusión, que me resultaba fascinante en don Jesús. Fue él quien, conocedor de mi afición a la pluma, me encareció que aprovechara quince días de inactividad forzosa para poner por escrito algunos de los pensamientos que yo le había manifestado; y así nació *“La sombra rasgada. Encuentro con Dios en un tiempo de búsqueda”*, sobre el que me dijo: “has dado vida a una criatura de luz y aunque su luz llegue a una sola persona estará justificada su existencia”.

Don Jesús, fue sin duda un enamorado del mundo y su verdad más genuina que, de modo creciente, le cautivaba. Ya anciano, se encandilaba ante ese mundo en cuanto obra de Dios y en cuanto hogar asombroso regalado por Dios a su amada criatura: hombre y mujer. La experiencia amorosa antes mencionada, la vivía por ejemplo admirándose ante las plantas y los árboles en las distintas estaciones. No olvidaré su “asombro” ante los botones de azahar en un paseo primaveral por su barrio sevillano; o sus glosas sobre noticias del mundo, gratas e ingratas que gustaba de analizar con detalle. Él transformaba la existencia y los lugares cotidianos en un *paseo de admiración* por el misterio del amor divino y humano.

Sí, pienso que don Jesús era un contemplativo en medio del mundo en su sentido más propio y que, ajeno a todo esteticismo, llegaba con finura y esfuerzo

a la verdad humanamente asequible del ser humano y de su universo—hogar. A partir de ahí, es decir, en el límite, no se hundía ni en el escepticismo ni en el absurdo, ni se conformaba con explicaciones frívolas; como un *surfista* de excepción superaba el vértigo del vacío para seguir ascendiendo en su razonar con la ayuda de una fe bien formada. Parfraseando con cierta audacia a San Josemaría cuando afirmaba en su homilía *Hacia la santidad*: “¿Ascética? ¿Mística? No me preocupa”, diría que este ir y venir de lo humano a lo divino tampoco le preocupaba a don Jesús con tal de progresar en el conocimiento de la verdad. Lo que no significa que, en sus razonamientos, no diferenciara de manera nítida lo que ya era pasar de la filosofía a la teología.

El espíritu del *Opus Dei*, la vocación divina en último término, según nos confiaba a varios cierto día en su amado Pozoalbero, no hacía impecable a nadie, pero sí podía hacer amantes indiscutibles y rendidos de la misericordia divina y, en consecuencia, ser una siembra maravillosa de felicidad auténtica.

Me permito concluir con unas pocas afirmaciones, que vendrían a ser un resumen apretado de confidencias de don Jesús en ratos de tertulia con pocas personas en las que “le hacíamos hablar”. Son afirmaciones que, según mi sentir, tienen mucho de punta de un iceberg riquísimo que solo Dios conoce. Su amor a la verdad, de un modo notorio en los últimos años aunque velado por su pudor natural, le hacía paladear el Nuevo Testamento, los místicos y el candor de algún antiguo devocionario. Le confortaba inmensamente la realidad de la Iglesia como Familia divina y humana, militante, purgante y triunfante, que venía a ser como la coronación de su amor al “tú” por el que había entregado su vida sin regatear abnegación. La Trinidad beatísima, de la que hablaba con una familiaridad que casi nos desconcertaba a los que le oíamos, era el piélago de luz cegadora al que teníamos que aspirar para movernos en él con soltura de niño, de hijo pequeño llevado de la mano de María y de José. Y no puedo terminar —¡qué bien lo sabéis los que le habéis conocido y leído sus poemas!— sin mencionar la confianza en su Ángel custodio, aliado en mil batallas y sobre todo en la principal, el segui-

miento de las huellas de Cristo con la luz de su Damasco zaragozano, siempre en la amplísima estela abierta por San Josemaría.